



LA VETERINARIA ESPAÑOLA,

REVISTA PROFESIONAL Y CIENTÍFICA.

(CONTINUACION DEL ECO DE LA VETERINARIA.)

SE PUBLICA LOS DÍAS 10, 20 Y ÚLTIMO DE CADA MES.

PRECIOS DE SUSCRICION:

Lo mismo en Madrid que en provincias: 4 rs. al mes, 12 rs. trimestre. En ultramar, 80 rs. al año. En el extranjero, 18 rancos, también por un año. Solo se admiten sellos del franqueo de cartas, de los pueblos en que no haya giro, y aun en este caso, enviándolos en carta certificada, sin cuyo requisito la Administración no responde de los extravíos, abonando siempre en la proporción siguiente: 9 sellos por cada 4 rs.; 13 sellos por cada 6 rs.; 22 sellos por cada 10 rs.

PUNTOS Y MEDIOS DE SUSCRICION.

En Madrid: en la Redacción, calle de la Pasión, números 1 y 3, tercero derecha.

En provincias: por conducto de correspondencia, ó remitiendo á la Redacción, en carta franca, libranzas sobre orreos ó el número de sellos correspondientes.

MUCHO MALO Y ALGO BUENO.

Artículo primero.

Quinientas veces lo hemos dicho, y más de otras quinientas habrá necesidad de repetirlo: «los intereses de la clase veterinaria se hallan en abierta oposición con los de nuestras Escuelas;» y si la clase no trabaja por salvarse á sí misma, visto está que de día en día marchará rápidamente á un abismo de degradación y de pobreza. Comprofesores, observado bien; venimos haciendo un papel que es hasta ridículo! Mas, si el hombre, en cuanto hombre (ó mejor dicho, transformándose en mujer), puede desempeñar papeles ridículos en esta farsa social, en su cualidad de profesor de una ciencia positiva y útil, jamás tendrá derecho á prescindir de la dignidad que le dá su título, al extremo de resignarse á mirarle deshonrado, escarnecido, pisoteado... Es imposible, comprofesores veterinarios y albitares, es imposible que os hayais detenido á calcular la trascendencia grandísima de los vergonzosos hechos que estamos tolerando; imposible es que hayais meditado seriamente sobre les asquerosos efectos inmediatos que traerá consigo esa degradación profesional y científica á que se nos está conduciendo! La concurrencia nos abruma, la concurrencia nos ha empobrecido ya, la concurrencia nos mata ¡sea! Pero no consintamos que la concurrencia nos deshonre! En el convencimiento firmísimo de que ningún gobierno ha de darnos protección, y persuadidos también de que toda protección gubernativa sería un insulto hecho á la civilización y al mérito, proclamemos muy alto que, no sólo no pedimos esa

protección, sino que la despreciamos. Empero rechazamos asimismo, y con todas nuestras fuerzas, esa malhadada influencia que los gobiernos vienen ejerciendo sobre nuestra ciencia para desstatulizarla, sobre nuestra clase para sumirla en la desesperación y en la desdicha! Comparad, veterinarios y albitares, comparad nuestros reglamentos de enseñanza con los de la medicina del hombre, y vereis siempre conculcados los fueros de nuestra importante y vasta ciencia, siquiera no tomeis en consideración más que los estudios preliminares exigidos á los alumnos que ingresan. Comparad después los reglamentos orgánicos dictados para el ejercicio de una y otra profesión científica, y por donde quiera que tendais la vista no hallareis sino postergación efectiva, un desprecio mal disimulado y un ligero tinte de misericordia hipócrita para satisfacer á las necesidades de la clase veterinaria.

Ah revolución de Setiembre! No has pasado de la categoría de revoltillo político; has engañado y comprometido á todos los hombres de buena fé; has permitido la discusión del derecho, y al propio tiempo has ido cultivando, pero con torpe mano, el árbol del privilegio, plantado desde muy antiguo en el jardín de la osadía, de las preocupaciones y del favoritismo; has despertado en los españoles un sentimiento de justicia, y á esa noble aspiración desarrollada has correspondido luego planteando la injusticia y el absurdo en todas las esferas administrativas! ¿Qué te pedía á ti, oh revolución de Setiembre, qué esperaba de ti la clase veterinaria? Protección, favor, clemencia? No! Te pedía lo que no podría negársele sin cometer un atropello: te pedía libertad; te pedía que tuvieras la bondad de

desentenderte de ella, dejarla en paz, de no mezclarle en sus asuntos particulares; te pedía que la libras de esa tutela funesta en que la centralizadora mano de sistemas protectores la han tenido siempre; te pedía que anularas esas escuelas oficiales, que de nada valen, que ninguna falta hacen, que estorban, que imposibilitan el progreso de la ciencia, por el simple hecho de constituir cada una de ellas una casa de fabricación de títulos, cuyo número, escandalosamente excesivo, ha traído a España la peor de las concurrencias, la concurrencia de un privilegio tan falaz como ilusorio.

.....
Criterio cimbrio al fin! Mas ¿con qué derecho esos señores cimbríos, que siempre negaron el *Estado*, con qué derecho imponen a una clase numerosísima la voluntad y los caprichos del *Estado*? Con qué derecho obliga el *Estado* a la nación a que soporte los enormes gastos de cuatro escuelas oficiales, cuando sobran en España muchos miles de profesores, tantos, que no ganan ya para comer, que no pueden instruirse por absoluta carencia de recursos, y que precisamente por esta última causa, lejos de rendir beneficios a la riqueza pública, se están convirtiendo en instrumentos de perjuicio social?... En varias ocasiones, y teniendo en cuenta el estado infantil de esta libertad política pregona-da, hemos defendido nosotros la conveniencia de que el *Estado* prosiguiera costeando una escuela veterinaria; pero escuela-modelo, escuela-tipo, escuela-museo, ya para servir de ejemplo a las escuelas libres que se instalasen, ya para que, en la crisis profesional que forzosamente habia de promover la declaración (anunciada) del ejercicio libre, los gobiernos, y sobre todo los pueblos, tuvieran donde escoger entre la ciencia del charlatan y la del hombre instruido. Sabíamos lo que a todo el mundo es notorio, aunque también hay quien aparentemente ignorarlo: sabíamos que se eleva a miles y más miles la cifra de los profesores sobrantes en España; sabíamos que cada profesor que vomita las escuelas equivale a una puñalada asestada en el corazón de nuestra clase; más, así y todo, deseábamos la existencia de esa escuela tipo a que hemos aludido, de ese que sería verdadero plantel de veterinarios instruidos y que, por de pronto, evitaría una retrogradación de nuestra difícil y complicada ciencia. Hoy, no obstante, en presencia de la resolución sarcástica con que la entidad *Estado* inaugura sus tareas sobre reformas en veterinaria, ya no pedimos eso: pedimos la bancarrota en la clase, el hundimiento de todas las escuelas oficiales, el diluvio, el caos!...

Se reirán, es indudable; se reirán, sí, de estos arranques más de cuatro egoístas de esos que viven aferrados a la conveniencia propia, importándoles un pito de la conveniencia ajena..... Y razón tienen para reirse. La patentización de los

hechos consumados es una autoridad de gran peso para acreditar la teoría del derecho de la fuerza; mas téngase por seguro que un átomo de dignidad ha de pesar eternamente, en la balanza de la justicia, más, infinitamente más que todas las miserias juntas. Por otra parte, si hay quien se ria, nadie tendrá la culpa de esa risa sino la clase veterinaria que, con su desunión y su parvedad de ánimo, ha dado aliento y nueva vida a cadáveres insepultos. —Todavía está el remedio en nuestras manos. Si tuviéramos unión,.... si tuviéramos valor para sufrir de una vez el chubasco que, en menuda lluvia pudre hoy lentamente con su humedad suavisima el corazón y los miembros de la abatida clase veterinaria, los estragos serian menos crueles, y quedaría el cáncer extirpado de raíz = L. F. G.

(Continuará.)

LA DIGNIDAD.
Asociación permanente para la publicación de obras científicas de Veterinaria.

Lista de los socios inscritos hasta el día de la fecha.

(Continuación.)

Madrid. Val de Fuentes de Mon-

tánchez.

Madrid.

Alburquerque.

(Se continuará.)

PROFESIONAL

La cuestión valenciana.

Contestación al comunicado de D. Camilo Gómez (1).

(Conclusion.)

Para entrar en una cátedra pública, y más

(1) Véase el número anterior.

tratándose de una escuela libre, no parece que tuviéramos necesidad de pedir permiso á nadie, sinó entrar en ella cuando lo creyésemos oportuno. Por lo demás, es muy natural que se entre después que lo han hecho el profesor y los alumnos; y si hubiéramos entrado antes que estos, motivo habria entonces para censurar nuestra precipitacion inconsiderada. — Ahora bien. ¿Sabe mi amigo lo que deducimos lógicamente de todo esto? Que á los profesores de dicha escuela no les sentó bien que los visitáramos. Y si esto es así, bien podian haber aconsejado al articulista de *Las Provincias* que no fuera tan galante y cumplido con nosotros, sinó que, en vez de invitarnos á que fuésemos á ver la escuela valenciana, en la que, segun él, *seriamos bien recibidos por los dignos profesores que figuran al frente de la misma*, nos hubiera advertido que no nos acercáramos á dicho establecimiento, como después se nos ha hecho saber de un modo indirecto; pues nadie diria sinó que á los profesores de la escuela valenciana sólo les gusta que los visiten admiradores, y no nosotros que decimos la verdad seca y desnuda, aunque para ellos tan amarga. — Nosotros, Sr. Gomez, íbamos á fiscalizar y censurar lo que mereciera fiscalizarse y censurarse; ya alabar lo que fuera digno de alabanza, como ya lo habiamos dicho; mas, sin duda, comprendia mi amigo el Sr. Gomez que en la escuela valenciana habia algo que fiscalizar y criticar, cuando tan reservado estuvo con nosotros y tanto temió enseñarnos el establecimiento: á no mediar ese temor, si ha de juzgarse por lo que dice D. Camilo, es bien seguro que nos hubiera complacido. — El párrafo nueve es sin disputa el que más honra el autor y por el que mejor se deja comprender quién es. Aquella frase: «*lo dejé plantado?*» Yo dejo este párrafo para que mis compañeros lo juzguen y den á Gomez el calificativo que crean se merece; nosotros con perdonarle la ocurrencia estamos satisfechos. — En cuanto á la conclusión: «*ó lo manda á otra parte?*» advertimos al Sr. Gomez, que no se sulfure tanto, y que comprenda que yo no me dejo mandar á cualquier parte tan fácilmente como él parece creer; y si no, que pruebe á mandarme. — Ya sabiamos que no necesitábamos invitacion de D. Camilo para entrar en su clase, pero esperábamos que nos la hubiera hecho al menos por educacion, y sepa mi amigo que, aun cuando me hubiera invitado, estaba decidido á no entrar: creyendo, que al obrar así le guardaba cierta deferencia de amistad, que él sabria comprender. Si hubiéramos entrado en su clase, siendo en ella, como no puede dudarse, bien

acogidos, nosotros nos hubiéramos portado con la delicadeza, con la atencion y respeto que en esos sitios sabemos que se debe guardar y que efectivamente guardamos en las demás que visitamos. — Ha de saber el Sr. Gomez que no necesitamos de incienso. Si nos cree con más dotes que las personales suyas para desempeñar la cátedra, cree más que nosotros. No tenemos esas dotes, Sr. Gomez, ni presumimos tenerlas, ni usted puede juzgar si las poseemos ó no, en razon de que nunca nos ha oido ni nos oirá en semejantes sitios. Si eso lo ha dicho el Sr. Gomez como una galanteria, ó en otro sentido, que nos reservamos calificar, en nuestro silencio halla la respuesta merecida. Mas si buenamente así lo cree, que es inferior á nosotros para desempeñar la cátedra, le aconsejamos que, tan luego como lea este párrafo, se apresure á abandonar ese sitio, que nosotros no ocupariamos en la convicción plena de que carecemos de los conocimientos indispensables que el hombre debe reunir para hablar en público. Estamos, no obstante, persuadidos de que, á pesar de la confesion que Gomez hace y del consejo que le damos, no incurrirá en semejante tontería de dimitir su puesto. Hombres hay que no cometerian esa bobada aunque su conciencia les dictase que debian dimitir y violentando su conciencia tuvieran que jurar la constitucion de la monarquia democrática; porque, primero es el provecho que la conciencia, dirán ellos. — Nuestra comparacion con catedráticos encanecidos en el ejercicio de la cátedra está muy mal comprendida por el Sr. Gomez; por lo cual le advertimos, que tenga la bondad de leer detenidamente lo que acerca de esa comparacion deciamos, y por qué la haciamos, y después que la haya leído tendrá que convenir en que la leyó muy de ligero, cuya ligereza es lo que ha dado lugar á que él, y no nosotros, haga suposiciones ridiculas, gratuitas y fuera de lugar. — Dice mi amigo Gomez que hemos criticado el lenguaje de un catedrático, y añade que «eso es cosa de niños.» Ese catedrático, Sr. Gomez, no es veterinario, y sabe V. que le conceptuamos como intruso (interin no se nos haga ver claramente otra cosa); combatimos, pues, en él no al hombre sinó el abuso. Si el Sr. Gomez cree que el defecto de lenguaje no es censurable en un catedrático, yo entiendo que lo es en todo hombre que habla en público; y si el criticar esto es de niños, tal vez con mejor razon, podria decirse que la opinion contraria á la nuestra es propia de muñecos ó de ignorantes. — En verdad que ha sido muy distinta la conducta de unos y de otros, esto es preciso confesarlo: nosotros, pidiendo que se aclare lo du-

dos; procurando que no haya un segundo diluvio de profesores, como lo hubo en el año de próroga; defendiendo á la clase é indicando á profesores y alumnos lo que les vá á suceder; usted Sr. Gomez, callando y sin tener impaciencia; hasta ahora, por contestarnos á las cuestiones de interés, pero contribuyendo á que venga ese diluvio.

Aun cuando sea muy cándido no he atacado á las personas, como el Sr. Gomez supone injustificadamente; he atacado los defectos de que creo adolece la escuela valenciana, y para hacerlo me he valido de razones en que fundar mis argumentos, apoyándolos, cuando ha sido necesario, en la ley ó en lo que podia probarlos. Pero V., Sr. Gomez, que al contestarme quiero suponer que no lo ha hecho más que por darme una satisfacción, y en su comunicado se vé claramente un ataque dirigido á mi amigo Cubas y á mí, esto sí que se puede decir que es candidez.

Es verdad que la cuestion no tiene nada de científica, pero tiene para la clase más interés que si lo fuera; y tanto es así, que en nuestro juicio es una cuestion de vida ó muerte para la profesion en masa, que si hoy la mira con indiferencia, cuando toque los resultados comprenderá la razon que tenemos en todo lo que hemos dicho. Mas, así como ahora le ha ocurrido al señor Gomez contestar, lo debia haber hecho antes y á todos los puntos capitales que comprende el debate entablado; contestacion de más interés y que mi amigo no ha querido tocar, sin embargo; pues si bien los veterinarios le dispensarán al Sr. Gomez que les haya entretenido con un escrito de tan escasa importancia, no podrán nunca olvidar, y recordarán siempre con amargura, que V. y sus *adláteres*, Sr. Gomez, contribuyen, con entero conocimiento de efectos, al aumento del profesorado y á reproducir lo que tanto costó quitar, los exámenes por pasantía.

Y ¿por qué en otras ocasiones todo lo ha dejado pasar el Sr. Gomez? Lo ha dejado pasar, porque tal vez así le conviniera; y aun, quizás seguirá callando sobre los puntos esenciales de esta cuestion. Pero después que el Sr. Gomez nos haya contestado á todas esas cuestiones, ya que en adelante no piensa callarse, le indicaremos otras que atañen más directamente á la escuela, y que si no las hemos tocado, es por la resolución tomada mi amigo Cubas y yo de separarnos de la lucha; sin embargo, si se nos obliga, tendremos que ocuparnos de lo que se pamos.

Por último: lo que ha motivado esta contestacion, Sr. Gomez, ha sido la conclusion del comunicado de V. Ahora le pedimos al Sr. Go-

mez que cuanto antes empiece á decirnos *esas cosas buenas*... que tiene que narrar, que no ande con misterios y hable de una vez. No vaya á figurarse que con semejantes palabras, ni con otras cosas que saben hacer ciertas gentes nos asustan; y tanto es así, que si queremos obligar á mi amigo á que hable porque de este modo podremos nosotros hablar también, y hablaremos aunque sea de *pan socarrado*. Una de dos: ó D. Camilo dice esas *cosas buenas*; ó de lo contrario tendremos el derecho de objetarle que no tiene nada que decir, que falta á su palabra, y que sólo ha tirado esa baladronada por ver si nos asustaba. Con esto creemos obligar á Gomez á que hable; si es que no prefiere caer en ridículo ante la clase, que es preciso que vea claro en este asunto.

Decididos á todo, esperamos la contestacion del Sr. Gomez, asegurándole que satisfaremos su impaciencia, tal vez más de lo que desee, contestando á esas *cosas buenas* que él nos quiere decir.

Si bien comprendemos el silencio y apatía del profesorado en todo lo referente á esta cuestion (porque lo creemos debido, en parte á la desunion que hay en la clase, y mas especialmente á que muy pocos se han detenido á pensar sobre los males que se esperan del diluvio veterinario dibujado ya en lontananza); si bien comprendemos esto, no podemos en verdad, explicarnos la apatía en que se está metiendo el profesorado de las escuelas oficiales; particularmente el de las subalternas ó de provincia. Nos sorprende el ver á esos catedráticos desempeñando el triste papel de meros espectadores, indiferentes, sin accion, sin fuerzas y abismados en un silencio mortal, del qué no parece que tienen ganas de salir... Esto nos pone en el caso de creer que hay, no igualdad entre todas las escuelas, sino superioridad de las libres sobre las subalternas oficiales; y se debe comprender así, al ver que las libres pueden expedir títulos de veterinarios de primera clase y las subalternas no. Si los catedráticos de las escuelas oficiales han ganado por rigurosa oposicion el puesto que ocupan y bajo las prescripciones que marca la ley, y los de las libres están nombrados de gracia y aun existe alguno que no es veterinario; ¿no les dá esto á los primeros alguna superioridad sobre los segundos? Y si la tienen, ¿por qué no la reclaman? No sabemos que lo hayan hecho hasta el dia; y si así es, habria que sospechar que no la tienen que todos son iguales. Por hoy, no decimos más sobre este asunto; que indudablemente tendremos que volver á él cuando llegue el caso de contestar otra vez al Sr. Gomez; entonces seremos más esplicitos y estensos en todo lo que digamos. -J. M. OLALLA.